

el tiempo en el toador y en el estrado entre casa, y en las fiestas y saraos fuera de ella; mientras que el pobre marido tiene que hacer todo, hasta el adormecer á los niños, viviendo, además, en continuo sobresalto y vigilancia por su honra, siempre amenazado su lecho nupcial con nuevos terremotos. No hay para qué decirte que la hacienda de este último matrimonio sigue en decadencia, al propio tiempo que la del otro va en aumento.—Y ¿qué me dices tú con eso? repuso mi amigo.—Me tomaré el trabajo de explicártelo mas claro. Esta península de Yucatan que si no del todo, en gran parte, está formada con el lecho mismo del mar, que retirándose con lentitud bien perceptible, nos va poniendo un cimiento de arena convertida al fin en esas inmensas masas de piedra que tantas veces habrás observado y cuya superficie se va cubriendo con una costra de tierra vegetal, debe á esta construcción geológica, obra de Dios por medio de la tierra y del mar, la solidez de un suelo que no puede ser destruido por las mismas revoluciones naturales que son tan frecuentes y ruinosas en otros países que aparecen privilegiados con otros dones que aquí tú echas de menos en presencia de la aridez y de los desnudos espinos de nuestros campos, antes de la caída de las lluvias de que necesita su suelo para cubrirse de verdor, de flores y de espigas.

Dejando, pues, á un lado la índole de los naturales, hasta en su última clase, quienes aun fugitivos de las cárceles y cuarteles, y en guerra así con la sociedad, sin embargo, ántes que mantenerse con el despojo de los caminantes, prefieren esconderse á roer piedras en el interior de los bosques, como lo hemos experimentado en este viaje y en el primero, en cuyo tiempo no hemos sido asalta-

dos por ladrones, pues aunque se hubieran dado grandísimo chasco, ellos no son adivinos, ni por el magnetismo encantador, para saber cuál traemos los bolsillos al aire; prescindiendo, digo, de tal ventaja de que, por el mal ejemplo de nuestros pecados, no debiéramos ya gozar y esrarísima en el mundo, además aquí en nuestro país el clima es tan sano y tan maravillosamente benigno, que á otras causas y no á él mismo se deben ciertas enfermedades y epidemias. Aquí no tenemos en el ambiente que respiramos esos miasmas mortíferos que aun en los alrededores de Roma causan la muerte y, con espantosa frecuencia, siembran en las poblaciones mas deliciosas la desolación y los sepulcros. El hombre laborioso entre nosotros bien puede cultivar sus tierras, muy seguro de que si no en este, en el otro año levantará sus cosechas, siendo raro que en mucho tiempo falte la lluvia y no teniendo que temer sobre sus sementeras el soplo de los huracanes, el peso del granizo, ni de los copos de nieve que por muchos dias prive de calor vital á las plantas. Los habitantes del campo en el verano pueden andar con poco abrigo de ropas, dormir á cielo raso; y en invierno les basta la choza calentada con las llamas de un pequeño tronco que nada les cuesta, teniéndolo muy á mano, cerca del humilde hogar defendido por uno ó dos perrillos tan parcos como vigilantes. Aquí el propietario medianamente rico ú opulento, planta sus árboles, edifica sus palacios en la ciudad ó en el campo, y vive seguro de que, si su familia es económica y prudente, y la respeta la maldad de los hombres, que son los únicos que apesar de los beneficios de la naturaleza pueden traer grandes calamidades á este país, la fortuna de su casa irá en aumento, y mas de